6. Fe y razón en Guillermo de Ockham

Arrate Aparicio Marcos
Universidad Pontificia Comillas (España)

Sabido es que el hecho de disociar la fe y la razón, la filosofía y la teología, es uno de los asuntos capitales en la filosofía de Guillermo de Ockham. Es más, este proceso de separar ambas disciplinas culmina con el pensador franciscano que tenernos por objeto analizar. Nos situamos, pues, en el siglo XIV, un periodo complejo pero que derrocha una inmensa riqueza. Se trata de una centuria a la que se le adjudica la etiqueta de estar inmersa en una intensa crisis, pero que, en realidad, destaca por ser un período en el que gracias al desarrollo filosófico, artístico y científico se establecen los cimientos de un mundo nuevo llamado modernidad. Así pues, todas estas innovaciones desembocaron en un cambio de mentalidad y, con ello, supusieron el inicio de una nueva forma de acercarse al mundo y de enfocar la realidad.

De igual modo cabe recalcar que el resurgir del agustinismo, el desarrollo de la lógica, el averroísmo, la mística y el movimiento ockhamista condujeron a una transformación importante en la forma de filosofar. En este aspecto, resulta significativo destacar que entre la filosofía de Santo Tomás y la de Duns Escoto, el obispo de París, Esteban Tempier, condenó, en el año 1277, 219 tesis aristotélicas por considerarlas contrarias a la fe cristiana. Este hecho desató numerosas discusiones que caracterizan al siglo XIV con respecto a la disputa sobre el valor de la propuesta filosófica de Aristóteles y sus comentadores. Y, además, centrándonos en lo que a nosotros nos interesa, nos permite entrever cuáles son las causas de la ruptura del equilibrio encontrado por Santo Tomás entre fe y razón.

En consecuencia, la vida y la obra de Ockham nos augura el advenimiento de nuevos tiempos. Este autor pretende fundamentar su filosofía en su fe y, para ello, nos muestra una filosofía nueva y radical que nos presenta una razón natural (aquella que nos permite conocer lo únicamente real, o sea, el conocimiento experimentalmente captable) seguida de la correspondiente deconstrucción de la razón metafísica. Estamos, pues, ante un filósofo cristiano que refuta el determinismo naturalista y racionalizante presente en la filosofía griega y el averroísmo latino. Estos últimos presentaban un mundo regido por un Dios que se caracterizaba por la necesidad griega (precisamente lo que Esteban Tempier condenó en 1277), a lo que Ockham reaccionó argumentando que esta línea de pensamiento reduce las decisiones divinas a la mera necesidad metafísica y que, por consiguiente, conlleva la eliminación de la libertad, voluntad y amor divinos como fundamento de lo real. Así pues, ante una filosofía que ponía límites a la libertad y omnipotencia divinas, nuestro franciscano enuncia un voluntarismo radical acompañado de un nominalismo que suprime las ideas ejemplares de la mente divina. Lo que quiere decir que la voluntad de Dios goza de una libertad absoluta, dado que no se encuentra supeditada a nada[1].

Dicho lo cual, hemos de partir del hecho de que Ockham es un autor que sigue lo que sería la línea empirista, ya que apuesta porque la fuente del conocimiento recaiga en la sensibilidad. Es esta última la que nos permite diferenciar lo que existe de lo que no existe. De manera que este pensador otorgará una máxima importancia a la intuición (sensible e intelectual) puesto que afirma que es el fundamento del conocer del hombre de la realidad (material) y, a su vez, planteará un modelo diferente de abstracción con respecto al de sus predecesores. En este sentido, Ockham apunta que la intuición nos permite conocer las verdades

[1] Huelga objetar que la reacción ockhamista con respecto al necesitarismo griego fue tan radical que su posición terminó siendo condenada.

contingentes de los seres que existen en el mundo. Solo así el entendimiento se verá con el material necesario para elaborar un conocimiento racional. Y, en consecuencia, gracias al conocimiento abstractivo, que no es sino el fruto de una desatención a ciertos aspectos de los individuos, lograremos formar proposiciones sobre los entes singulares en la mente.

Hablamos de intuición, entonces, cuando se establece una relación inmediata y evidente entre el sujeto cognoscente y la cosa conocida. De ahí que la intuición nos provea de un conocimiento de entes reales, pues nos permite conocer directamente la misma realidad. El conocimiento abstractivo, empero, solo posibilita formular juicios de existencia posible y no garantiza que los conceptos correspondan con la realidad. Luego el conocimiento intuitivo va a ser el único que nos posibilite acceder al conocimiento verdadero de los hechos, o sea de las existencias mismas, y no solo de la relación entre las ideas o conceptos.

A esto cabe añadir que Ockham propone que todo lo real es siempre particular; es decir, lo real por el mero hecho de existir es siempre singular, individual y concreto. De esto se sigue que la inteligencia solamente concibe a través del conocimiento intuítivo los entes singulares[2], lo que significa que únicamente se puede obtener un conocimiento claro y distinto cuando la inteligencia trabaja con estos entes singulares. En consecuencia, lo universal será aquello que tiene realidad en el alma (la mente) del sujeto cognoscente. Así es, fuera del alma no existe nada universal. Es un concepto formado en la mente del hombre y no se trata de un reflejo divino. De ahí que este autor dé un giro sorprendente y afirme que el ejemplar universal participado, o sea las esencias y las ideas platónicas, no existe, porque Dios no precisa de esas esencias para obrar y mucho menos para ser un

[2] Cabe señalar que la inteligencia también puede adquirir conocimiento sobre una pluralidad de entes, pero en este caso se trataría de un conocimiento confuso.

objeto intermedio entre Él mismo y lo creado por Él. Por consiguiente, no se ha de afirmar la existencia de un orden de esencias que faciliten el acceso a Dios puesto que este bien infinito es omnipotente, no tiene límites, y las esencias determinan los tipos de seres posibles. De esta forma, el universal es tratado como una mera intención del alma que no nos permite conocer a Dios en sí porque, para nuestro franciscano, los conceptos universales no nos informan de nada acerca del individuo que no nos haya informado ya antes la intuición[3].

Ahora bien, Ockham acepta la posibilidad de un conocimiento intuitivo de lo no existente gracias a la omnipotencia de Dios (a eso le llama creencia en la existencia de aquello que no existe). Así pues, en Dios nada precede a la voluntad. El mundo, de hecho, es así porque Dios lo ha asumido de esta manera pero podría haberlo asumido de otra forma. Dios intelige lo que produce (y nunca al revés), y partiendo de que la producción es la voluntad divina en acto se deduce que Dios intelige lo que quiere. Es decir, Dios intelige lo bueno porque Él ha querido que lo inteligible sea bueno. De ahí que todo individuo quede supeditado a una ley moral que se resume en hacer lo que Dios manda. Luego gracias al querer divino o, lo que es lo mismo, la voluntad divina, el mundo es absolutamente contingente debido a que es Dios quien decide el resultado último de la realidad.

De esta manera, se establecen dos formas de potencia en Dios: *De Potentia Ordinata* y *De Potentia Absoluta*. La primera hace referencia al hecho de poder establecer ciertas leyes que ordenen el mundo que Él ha creado; la segunda, a su vez, se trata de la capacidad que tiene Dios de cambiar por completo ese mundo con el fin, por ejemplo, de que en la naturaleza no nos topemos con criatura/creatura alguna que presente una contra-

[3] Huelga destacar que lo particular se diferencia de lo universal gracias a nuestro modo de considerar y referirnos a ellos.

dicción[4]. Por lo tanto, se deduce que Dios está constantemente interfiriendo en el curso natural de las cosas para conseguir que la realidad gire conforme a sus propias decisiones.

Llegados a este punto, resulta imprescindible señalar que la omnipotencia y libertad divinas son para Ockham verdades reveladas que obligan a aceptar la contingencia del mundo. De ahí que este franciscano elimine la amenaza de la razón con respecto de la fe al negar la racionalidad del mundo y al asegurar que tal orden del mundo se encuentra vinculado con la misteriosa voluntad divina. Y hete aquí la cuestión del dualismo fe y razón.

En este aspecto, partimos de que la fe y la razón son fuentes de conocimiento distintas e independientes. Una cosa es la fe y otra cosa es la razón. Se ocupan, por tanto, de diferentes contenidos de la realidad: mientras que la fe se centra en lo sagrado, lo sobrenatural, la razón se focaliza en lo profano, el mundo de la naturaleza. Dicho de otro modo, la fe no es alcanzable por la vía natural del conocer y la razón, a su vez, no puede mostrarnos las verdades religiosas[5]. Por esta razón, nuestro autor asegura que fe y razón no se contradicen puesto que cubren ámbitos distintos. Cada cual expone sus verdades (la fe nos mostrará las verdades de la fe y la razón, las verdades de la razón) con motivo de clarificar su propio campo de estudio; luego resulta imposible que ambas se contradigan.

De esta forma, su firme convicción por la intuición como fuente de conocimiento desemboca en numerosas consecuencias. La razón, como hemos visto, ni tiene acceso ni puede demostrar los contenidos de la fe, lo que significa que es imposible justificar racionalmente tanto la existencia de Dios como la inmortalidad y

[4] Cabe destacar que Ockham, como es lógico, afirma que las cosas creadas por Dios no pueden presentar contradicción interna alguna.

[5] Huelga señalar que por esta separación que marca Ockham con respecto a las facultades de la fe y las de la razón su pensamiento es caracterizado como agnosticismo fideísta.

existencia del alma. Sin embargo, este franciscano sí admite la posibilidad de la existencia de una causa primera de la cual proviene el universo, pero no se atreve a afirmar dicha evidencia porque ni es capaz de comprobar que esa causa primera es el ser supremo ni puede demostrar empíricamente la existencia de la misma. De ahí que Ockham refute la posibilidad de poder establecer un juicio coherente sobre Dios desde la sola razón y afirme que la revelación es suficiente para comprender eso que trasciende de la experiencia sensible. Solo la fe nos ayudará a clarificar tal información, pues es ésta la que nos proporciona pistas para creer en lo que no se ve. En este sentido, hablamos de la fe como elemento indispensable de la experiencia religiosa. Porque es la fe, al fin y al cabo, el único elemento que nos permite admitir la existencia de Dios, no en materia de demostración pero sí como dato de revelación.

En suma, el pensamiento de Ockham rompe el equilibrio entre razón y fe o, lo que es lo mismo, entre el poder temporal y espiritual con el firme propósito de aclarar la relación que subsiste entre ellos. La razón humana comienza a independizarse del dogma religioso con el fin de poder preocuparse más de cuestiones empíricamente demostrables (sobre todo, de la naturaleza y del estudio del ser humano) y no tanto de aspectos vitales (como de la trascendencia) que nunca se podrán resolver. Ockham intenta mostrarnos que aunque el conocimiento cierto sea solamente controlable a través de la experiencia empírica, la razón humana es una facultad de conocer muy limitada. Por ello, resalta que la existencia filosófica (razón) tiene que demostrar que tiene sentido creer en Dios (fe). La fe es un don divino y como tal posee la tarea de conducirnos hacia la dimensión trascendente con objeto de poder alcanzar la salvación. Así pues, Ockham piensa que la fe no ha de ser "contaminada" por la racionalidad, ya que para creer no se necesita comprender sino dejarse llevar por el amor hacia lo divino.

Por este motivo, se percibe claramente en el sistema de Ockham que la fe aporta algo al buscador de la sabiduría, o sea, al filósofo[6]. Este último sabe con seguridad que lo trascendente nos señala que a parte de lo posible se da lo imposible. Intuye, entonces, que existen elementos de la realidad en la que vivimos que no podemos comprender y que justamente esos cabos sueltos que no podemos atar son el testimonio de lo trascendente. En este aspecto, hemos de tener presente que aunque lo que nos mantiene vivos no se pueda comprender racionalmente, no podemos vivir sin racionalizar, es decir, sin comprender aquello que vivimos en la realidad material.

Así pues, Ockham dirá al respecto que el ámbito racional (lo profano) queda restringido al conocimiento certero que nos provee la intuición, y que el ámbito de la fe (lo trascendente), por su parte, es lo que relacionamos con todo aquello que sobrepasa al conocimiento que se absorbe a través de la intuición. Dicho de otro modo, la fe se ocupa de aquello que no se ve, y la razón humana del conocimiento de lo que se ve y es demostrable. Por ello, se deduce que la religión aunque nunca nos vaya a mostrar verdades que se puedan demostrar empíricamente, sí nos proporciona un camino seguro para acceder a la salvación. Nunca hemos de olvidar que es la fe la que nos guía en el camino para el *homo viator*. Por este motivo se entiende que la teología, aquella que tiene sus cimientos en la revelación, es la que nos muestra la verdad que nos hará libres, pero que es la fe la que nos permitirá acceder a lo sobrenatural para así sentir más estrechamente el vínculo con Dios.

En resumidas cuentas, nos encontramos ante un autor que afirma que de Dios solo podemos saber por medio de la fe puesto que nuestras capacidades racionales se desbordan a la hora de

[6] Es importante objetar que Ockham, al igual que sus contemporáneos, tiene como principal propósito vivir en acuerdo con la verdad.

enfrentarse con este dato. Se trata, entonces, de un Dios en el que podemos creer pero nunca conocer. Además, el hombre, según Ockham, aunque no tienda por naturaleza a la búsqueda de lo trascendente, solamente conseguirá alcanzar su fin último, la felicidad, cuando acepte por su propia voluntad el seguimiento de Cristo y decida obedecer y amar libremente a Dios. En este sentido, nuestro franciscano no olvida que, al fin y al cabo, quien se niega a encontrar un vínculo entre la existencia y la trascendencia se niega también a encontrar el sentido de lo que uno conoce, el para qué. Es decir, nuestro franciscano apuesta porque los individuos han de aceptar su vinculación con Dios por el hecho innegable, pese a que a los hombres les sea imposible analizar empíricamente tal situación, de que este bien infinito siempre crea de la nada por amor y nunca por necesidad. En consecuencia, el acto de fe en la libertad y omnipotencia divinas supone que solo ésta nos permita entrar en relación con lo Absoluto, con ese fundamento que está pero que no está y que en la medida en que lo queramos captar ya no es Absoluto.